

Jueves 1 de noviembre del 2001

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Fronteras distantes

A los fronterizos, los acontecimientos del 11 de septiembre nos cambiaron de golpe las expectativas que, como vecinos de Estados Unidos, teníamos. Si bien de ninguna manera creíamos en un futuro ideal producto de nuestro esfuerzo y trabajo, sí estaba dentro de nuestro horizonte ver con cierto optimismo el futuro personal y familiar. Todo cambió de pronto, empezando porque nuestros vecinos están viviendo en medio de la zozobra el derrumbe de sus sueños de grandeza. La vulnerabilidad, sobre todo ante el ataque bacteriológico, la viven con ansiedad las 24 horas. Basta con ver y escuchar los noticieros producidos en la Unión Americana que no transmiten otra cosa que los nuevos casos de ántrax.

En el Centro de nuestro país la percepción sobre los acontecimientos derivados del 11 de septiembre se viven de una manera distinta que en el Norte. Todavía no he observado en la frontera la venta de máscaras de Osama bin Laden o de George W. Bush, cosa que resulta común en el Distrito Federal. En la frontera nos hemos tomado las cosas más en serio; la vecindad es un factor determinante de esta situación. En la frontera padecemos cotidianamente la intensidad de una guerra que se está librando en dos frentes, contra un enemigo invisible. Tan invisibles son los ejércitos de los talibán afganos, como las esporas del ántrax. La primera reacción de nuestros vecinos fue la sospecha de que los enemigos venían de fuera. Por ello resultaba necesario cerrar sus fronteras; evitar la entrada de los adversarios del progreso. El enemigo en casa no está dentro de sus explicaciones. Los amantes de la globalización se cierran ahora a lo que viene de fuera, sean terroristas o bacterias. A los fronterizos nos impactan antes que a nadie las decisiones que se toman en Washington o el DF.

La frontera cerrada nos ha devuelto a la penosa realidad. Los mexicanos somos diferentes a los vecinos del Norte. Nuestra cultura, historia, idiosincrasia, valores y economía nos vuelven vecinos distantes. El pueblo y Gobierno norteamericanos nos perciben como un mal necesario, un accidente geográfico con el que hay que interactuar siempre y cuando ello les represente un buen negocio. Es un descubrimiento que puede ser traumático para muchas personas. Es una reflexión que se produce en el interminable tiempo de espera para cruzar la frontera. Nadie sabe cuánto durará la política de puertas cerradas; me temo que será mucho el tiempo que pase para que las presiones económicas permitan agilizar los cruces. Todos perdemos con las fronteras cerradas. Pierden más nuestros conmuters que viven en el lado mexicano y trabajan al otro lado; pierden mucho nuestros estudiantes transfronterizos en quienes sus padres ven la posibilidad de una mejor salida al mercado laboral.

En estos días tuve la oportunidad de visitar la frontera de Estados Unidos con Canadá. Producto de un convenio entre El Colegio de la Frontera Norte y las universidades Western Washington y Simon Frazer, de Bellingham y Vancouver, respectivamente, académicos de las tres instituciones nos reunimos en las sedes de las instituciones mencionadas bajo el formato de un seminario, para presentar nuestras reflexiones y hallazgos acerca de la problemática fronteriza. Los recursos naturales con que cuenta la región que comprende a los estados de Washington, Estados Unidos y British Columbia en Canadá, nos permiten comprender las posibilidades reales de integración entre dos países con recursos comparables. Nada que ver con nuestra vecindad, donde la asimetría se palpa, se respira. Donde la historia nos demuestra que las barreras las erigen los vecinos desarrollados y nosotros somos simples espectadores. De ida hacia Vancouver en la puerta de entrada de Aldergrove, una vez que mostramos nuestros documentos, pudimos comprobar que lo único que se interpone en medio de dos carreteras que corren paralelas es un espacio como de dos metros de ancho en donde se encuentran las mojoneras que dividen a ambos países. Ningún cerco de por medio y sólo la advertencia de un profesor norteamericano de que tuviéramos cuidado pues había sensores. En el caso de haberlos, con un buen salto se superaba el obstáculo. Alguien de nuestro grupo dijo que así era hace diez años en la frontera de Tijuana. Hoy eso es cosa del pasado. La integración económica nos ha servido para levantar tres bardas que ofenden nuestra maltrecha dignidad.